



# ODIO, VIOLENCIA, EMANCIPACIÓN

- 17 de maig del 2023 a les 7 del vespre
- Sala d'actes de l'Ambaixada d'Espanya, Andorra la Vella
- En col·laboració amb l'Ambaixada d'Espanya a Andorra i l'Extensió a Andorra del Instituto Cervantes de Toulouse

Rosa Maria Rodríguez Magda

Filòsofa i participant en la publicació, coordinada per Manuel Cruz



## ▲ CURRÍCULUM

Rosa María Rodríguez Magda, (València, 1957)

Filòsofa, escriptora i crítica literària. Llicenciada i doctora en filosofia per la Universitat de València, professora invitada a la Universit  de Paris VIII-Vincennes   Saint-Denis, Universit  Paris VII, Universit  de Paris-Dauphine, Universidad Aut noma de México, Universidad de San Juan en Río Piedras (Puerto Rico), New York University, Komazawa University (Tokio), Tart  University (Estònia), Benemèrita Universidad Aut noma de Puebla (México), Universidad de Cundinamarca (Colombia). Ha sigut, de 1998 a 2015, directora de l'Aula de Pensament de la Institució Alfons el Magnànim i de la revista *Debats*; des de 1996 a 2003, directora de la Fundació Tercer Milenio-Unesco. Especialitzada en pensament contemporani,  s autora, entre altres llibres, de *La sonrisa de Saturno*, *El modelo Frankenstein*, *Transmodernidad*, *La España convertida al islam*, *Inexistente Al  ndalus*, *De Playas y espectros*, *Ensayo sobre pensamiento contemporáneo*.

Ha publicat també al camp de la investigació feminista: *Femenino fin de siglo*, *La seducción de la diferencia*, *Foucault y la genealogia de los sexos*, *El placer del simulacro*, *Sin género de dudas*, *Encuentro en el Café de Flore con Simone de Beauvoir*, *La mujer molesta*, *Feminismos postg nero y transidentidad sexual*. I dins de la creació literària: *Triptico*, *En alguna casa junto al mar*, *Las palabras perdidas*, *Y de las pavesas surgió el frío*, *El deseo y la mirada...* Ha coordinat diverses obres i realitzat edicions crítiques, aix  com ha participat en múltiples llibres col·lectius. Textos seus han sigut traduïts a l'angl s, franc s, italià, estoni  i txec.

Des de 2009 a 2017, va ser directora de la Casa Museo-Centro de Investigació Vicente Blasco Ib ñez. Actualment és col·laboradora d'*El País* i del *Levante EMV*. Ha exercit la crítica literària i d'opinió de forma habitual al diari *Las Provincias* (València), al diari *Pueblo* (Madrid), a la revista *Ahora* (Madrid) i a *El País*, edició de la Comunitat Valenciana. Col·labora també en moltes revistes especialitzades: *Claves de la Razón Pr ctica*, *Leer*, *El Viejo Topo*, *Isegoria*, *Veintiuno*, *República de las Letras*, *Cuadernos de pensamiento político*, *Arte internacional* (Col mbia), *Lateral*, *Asparkia*, *Interliteraria* (Estònia), *Plural* (Puerto Rico), *Observaciones filosóficas* (Xile), *Feministische Studien...* (M s de tres-cents articles publicats). Ha desenvolupat una àmplia tasca en la gestió cultural com a organitzadora de molts congressos, encontres universitaris, exposicions artístiques, activitats en col·laboració amb la Unesco... amb la participació dels intel·lectuals internacionals més rellevants.

(Lo que a continuación sigue es una transcripción resumida y revisada de mi presentación, he mantenido el tono, a veces coloquial, otras explicativo de la intervención oral).

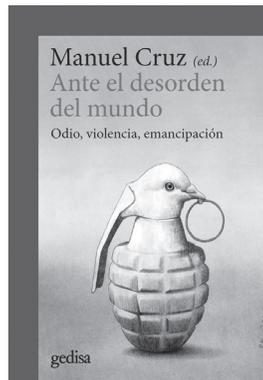
Buenas tardes. Gracias en primer lugar a la Embajada de España en Andorra –es un honor estar aquí–, al señor embajador Carles Pérez-Desoy i Fages. Gracias, también a la Societat Andorrana de Ciències, sobre todo a Àngels Mach y a Antoni Pol.

Es para mí una gran satisfacción tener la posibilidad, no solamente de hablar de un libro en el que colaboro, *Ante el desorden del mundo. Odio, violencia, emancipación*, coordinado por el catedrático de la Universitat de Barcelona y senador Manuel Cruz, sino también de compartir con todos ustedes reflexiones sobre sobre temas que me parecen importantes y, lo más terrible, perdurables.

El presente libro retoma una parte de una edición anterior con la misma temática también coordinada por Manuel Cruz. Ante la constatación de que los asuntos allí tratados seguían estando vigentes, Manuel nos invitó a una serie de expertos y pensadores a seguir reflexionando para completarlo y adecuarlo al presente.

Con respecto al título, evidentemente *odio, violencia, emancipación* no es una progresión. No hay un proceso previsto de esa manera: primero se odia, después se mata y después se toma la Bastilla. No, precisamente el objetivo es un poco el contrario: porque buscamos la emancipación debemos analizar el odio y la violencia a los que parece que el desorden del mundo nos aboca. La pregunta sería: ¿Qué nos pasa actualmente? Y para saber qué nos pasa actualmente algunos de los autores, como por ejemplo Carlos Thiebaut, se cuestionan: ¿hay un odio bueno y uno malo?, ¿odiar siempre es malo, o puede ser bueno? Y esto nos llevaría a otra pregunta: ¿hay una violencia buena y una violencia mala?, ¿el fin justifica los medios?, ¿cuánto perdura la culpa de la violencia? Lo hemos visto con el debate generado en torno a los antiguos terroristas de ETA que habían presentado su candidatura para las elecciones, y que han decidido finalmente retirarse ante el escándalo, por así decir, de cómo personas que tenían las manos manchadas de sangre podían después gestionar la democracia. Sin embargo, por otro lado, el contraargumento sería que, si se trata de rehabilitar a las personas, y estas han cumplido sus penas, deberían considerarse otra vez simplemente ciudadanos, no exconvictos. Este ejemplo muestra cómo no tenemos las cosas claras, ni con respecto al odio, ni a la violencia, ni a la emancipación.

Antes de centrarme en algunos de los temas, porque los hay muy actuales, les advierto a ustedes que van a sufrir un poco de filosofía. Y además lo digo con humildad y cautela, porque sé que nuestro embajador es también licenciado en esta disciplina. La filosofía parece muchas veces algo abstruso y gremial, que no va más allá de la academia, pero a menudo aquello de lo que hablan los filósofos después se traslada a la sociedad, e incluso se generaliza. Es el caso



de términos como “modernidad” o “postmodernidad”. Lo postmoderno hace unos años era lo más *cool*, y ahora se utiliza como un insulto: “esta izquierda postmoderna”, “estos neoliberales postmodernos”... El debate surgió de una configuración filosófica que después se extrapoló y se banaliza, y adquiere una prestancia mediática o bien de rechazo o bien de aceptación. Volveré más adelante a ello.

Actualmente nos encontramos en una situación donde el futuro no nos resulta agradable, donde casi se podría decir que no hay futuro. No acabamos de salir de la crisis económica, hemos pasado una pandemia, se nos amenaza con otras, se incrementan los malos augurios del cambio climático... Ha habido épocas en las cuales, desde la penuria, el horizonte se veía con esperanza después de una guerra, hablo de la II Guerra Mundial o de la Guerra Civil española. Las personas, aun con todo el sufrimiento, dependiendo del bando en que estuvieran, en general pensaban que, adecuándose, trabajando, todo iba a ir a mejor. Hoy no se tiene esa creencia, parece que estemos en una deriva apocalíptica, sabemos que lo mejor ha quedado atrás. Las generaciones más jóvenes se enfadan con las precedentes por haber heredado un mundo condenado a la degradación. Lo bien cierto es que no pensamos que las cosas vayan a mejorar ostensiblemente.

¿Por qué no lo pensamos? Hay también una razón política importante: con la globalización y las nuevas tecnologías se ha producido un cambio decisivo frente a lo que podía pasar hace cuarenta o cincuenta años. La globalización hace que los estados nacionales sigan teniendo sus propios problemas y la responsabilidad de solucionarlos; sin embargo, no tienen la posibilidad de hacerlo porque los problemas son globales. Como los estados no los resuelven, la gente se indigna, se ahonda en el descrédito de las instituciones y se dan alas a las interpretaciones conspiranoicas: los judíos, EEUU, el club Bildelberg...

Los estados nacionales han dejado de ser poderosos, han dejado de ser respetados, se percibe la crisis de la democracia reconstruida tras la II Guerra Mundial. Esa visión de la Declaración de los Derechos Humanos, del respeto a los acuerdos internacionales, es la que actualmente ha hecho crisis y con ello la propia democracia. Cuando la democracia y las instituciones no pueden ofrecer lo que los ciudadanos demandan surge el populismo que estamos observando crecer a derecha e izquierda. El pensador Ernesto Laclau reflexionó ampliamente sobre ello. Para él, el populismo no parte de una teoría previa, sino que es el resultado de la acción impulsada por medio de un líder carismático. No es el marxismo, en el que se estipulan unos principios, un modo de análisis: el materialismo histórico; un objetivo: la dictadura del proletariado, etc. No es el liberalismo, con una teoría económica explícita. En el populismo se trata de convencer al pueblo a partir de su insatisfacción, cada grupo entiende que se va a luchar por sus reivindicaciones, todas ellas se hacen equivalentes, se potencia la dialéctica amigo/enemigo; en nuestro grupo identitario encontramos al amigo, el que no pertenece a los nuestros es el enemigo. En esa dinámica del populismo vemos surgir el fundamento político y social del odio.

En el denominado primer mundo no se espera que esa violencia, por muchos disturbios que implique, vaya a socavar el Estado de derecho, como sí lo hace en otras partes del mundo; no obstante, va minando la credibilidad de las instituciones en una polarización no solo política, sino social.

Por otro lado, el avance de las nuevas tecnologías, de la inteligencia artificial generativa, ha creado una ruptura epistemológica, un cambio en la forma de conocer y relacionarse con las cosas. La referencia ya no es material, sino digital. Se crea, se construye la realidad, pues lo real es lo que aparece, lo que está en una pantalla, debe tener una imagen mediática, por lo tanto el criterio de verdad es lo virtual, de aquí que hablemos de la postverdad. En el imperio de la postverdad algo parece lógico, coherente, por la adhesión de nuestra creencia, sin necesidad de comprobarlo. Porque, ¿cómo se comprueba si una noticia es verdadera o falsa?, ¿por la aseveración de otro grupo de medios de verificación?, ¿y cómo sabes que esos medios no están llevados por ciertos intereses? Existe una circularidad y una entropía en la información, y una prepotencia de lo virtual; por todo ello se nos escapa la realidad entre las manos.

Y aquí sí que quería volver a la parte, digamos, más filosófica que antes he apuntado. En filosofía se habla de modernidad desde diversas dataciones. Se puede entender la modernidad según la cronología occidental en referencia al encuentro de dos mundos, al “descubrimiento de América”, y entrar a matizar supuestas críticas. En este sentido, la modernidad aparece cuando el mundo para los europeos se completa. Otra forma de caracterizar la modernidad es el *cogito ergo sum* de Descartes. Frente al descubrimiento de un continente, un señor en su gabinete diciendo “pienso, luego existo” parece algo menor, no obstante, tiene la importancia de buscar la justificación de la ciencia no en un origen divino, sino en el sujeto y su razón metodológica. La modernidad adquiere un discurso sistémico más trabado en la Ilustración, y con la física newtoniana. La famosa frase kantiana de “atrévete a saber” ejemplifica muy bien la autonomía buscada de la razón, la justicia, la emancipación, el progreso.... Otra visión de la modernidad podríamos centrarla en el desarrollo industrial, que no se percibe como destructor de la naturaleza, sino como avance tecnológico. En la modernidad observamos una fe optimista en el progreso.

Lo que se denominó postmodernidad, concepto que surge en la filosofía en los años 80 del pasado siglo, rompe con esa visión, y va a afirmar que ya no son posibles los Grandes Relatos de esa modernidad que creía en el Sujeto, en la Razón, en el Progreso..., que solo podemos aplicar microrrelatos situados, específicos de cada área del saber, no una gran explicación sistémica y global. Las universidades norteamericanas, a partir de su lectura de los filósofos postestructuralistas franceses, ponen de moda esa crítica, que entremezclan con sus corrientes propias contestatarias estudiantiles, antibelicistas, antirracistas... Y todo ello vuelve a Europa creando una tendencia cultural que llega hasta nuestros días, en su versión más frívola y narcisista. Para el pensamiento postmoderno todo es fragmentario, fluido. Los sujetos están condicionados por muchas determinaciones, no existe el sujeto autónomo independiente de las circunstancias. La realidad está construida no solamente por la percepción, sino por el lenguaje. Todo es lenguaje. Creamos las cosas a partir del lenguaje. En consecuencia: si todo es lenguaje, todo se construye; si el sujeto realmente está determinado por las circunstancias, entonces también el sujeto es elegible, modificable... Llevando a las últimas consecuencias la crítica postmoderna a la modernidad, la verdad no existe, incluso el sexo es un constructo, y de ahí el actual movimiento *queer* para el cual el sexo es un *continuum*, y la diferencia entre hombre y mujer una mera creación cultural.

En este contexto, tampoco la realidad existe en cuanto tal, no solo se modula, sino que se

crea a través de las redes sociales. Las adhesiones y los odios se propagan de manera vírica y exponencial. Antes nos odiábamos a pelo, por así decir, directamente, a la cara, ahora de incógnito y en la distancia, reforzados por grupos endogámicos. Si ustedes todavía ven la televisión es que pertenecen a una generación antiquísima, porque los jóvenes no la ven para nada. Solo las series que uno elige, o aquellos *youtubers* o *tiktokers* a los que sigue. Y si en X/Twitter te encuentras con alguien que dice lo contrario de lo que te gusta, comienza el linchamiento.

¿Hasta qué punto las comunidades están cohesionadas hoy en torno al odio?, se pregunta Manuel Cruz en el libro.

Frente al otro, lo que antes cohesionaba a las comunidades era el sentido de pertenencia: mi país, mi pueblo, mi religión..., todo eso se ha debilitado, se ha perdido, por ejemplo, la ligazón del Estado nacional, y por eso el populismo reivindica una visión más fuerte del nacionalismo, porque el estado democrático resulta blando, poco épico.

En las redes sociales el único criterio ya no es la razón, sino la emoción. En el número de palabras que permite un tuit no es posible desarrollar la *Crítica de la razón pura*, por lo tanto lo único que puedes es atacar, defenderte, y ser reconocido por tu grupo, y ello tiene un trasfondo terriblemente violento.

En el libro que comentamos, los diversos autores reflexionamos sobre las nuevas formas de odio. Las de siempre perduran, siguen estando ahí, basta mirar un poco fuera de nuestras sociedades estables para constatar que la gente se mata de la forma más brutal o que tenemos una guerra aquí, a las puertas. Esa violencia demarca mucho cuál es el primer mundo y cuál el resto. Parece demasiado *yuppie* centrarse solo en las nuevas formas de violencia de baja intensidad, pero hay que analizarlas porque tal vez sean una bomba presta a la detonación o la enfermedad que gangrena nuestras sociedades.

Volviendo a las cuestiones generales: ¿hay violencia buena y hay violencia mala? ¿Se justifica en algún caso la violencia? ¿Puede perdonarse la violencia sufrida? ¿Durante cuánto tiempo es legítimo mantener su memoria y el derecho de resarcimiento? ¿Es necesario el perdón? Todos estos temas se tratan en este libro.

Como he apuntado el principio, a través del odio y la violencia no hay emancipación, ese es el discurso beligerante de la revolución y la guerra. Se trata justo, reitero, de emprender el camino contrario: lograr una emancipación social y personal superando el odio y la violencia, cosa que por desgracia parece estar muy lejos del horizonte que oteamos.

Cuando Manuel Cruz me propuso que desarrollara para este libro el tema del empoderamiento, me resultaron curiosos los diversos sentidos del término. Si se teclea “empoderamiento” en internet casi siempre te salen referencias a “nuevo liderazgo”, “cómo llevar la empresa a sus logros”, “cómo superarte”, sí, pero superarte desde un punto de vista muy del mundo empresarial. Sin embargo el empoderamiento tiene otros sentidos, empoderarse es lograr tener poder para realizarse uno mismo. Sobre todo fue el pedagogo Paulo Freire quien puso en valor el término referido a las comunidades vulnerables, a la gente de un nivel social bajo, que no tienen poder adquisitivo o que incluso está en la marginación, en las afueras de la sociedad. El esfuerzo por su empoderamiento hace que la sociedad en su conjunto mejore, pues reduce la injusticia. Parece lógico que la instancia del empoderamiento haya sido asumida por todos

aquellos colectivos que no tenían poder, porque quien lo tiene no hace falta que se empodere. El término ha sido utilizado también por el feminismo, aunque debo matizar que las mujeres no somos un colectivo, sino más de la mitad de la población. El empoderamiento de las mujeres consiste en el logro de la igualdad y la asunción del protagonismo social. Frente a estos sentidos de emancipación de la pedagogía freiriana y del feminismo, sorprende aún más que ahora se entienda empoderamiento como el llegar a lo más alto del mundo empresarial. Yo no digo que eso sea malo, pero resulta muy irónico que un concepto surgido para que los más vulnerables adquieran un nivel menor de vulnerabilidad, se lo haya apropiado, de alguna forma, el mundo empresarial más alto para decir: esto es lo que hay que ser para lograr grandes dividendos, y, si no lo logras, quedarás atrás por tu falta de competencia.

Este no puede ser el sentido ético del empoderamiento, es necesario reivindicar la emancipación, y por ello pienso que debemos volver un poco, un poco solo, al espíritu ilustrado. No a creerse en bloque la Ilustración, porque está claro que la crítica posmoderna ya demostró que los discursos están situados, que dependen de una clase, de un país, etc., pero sí rescatar su imperativo crítico, ético y social, el firme convencimiento de que es necesario trabajar para desarrollar la autonomía y la libertad. Yo creo que eso no se ha pasado de moda. Ahora que sabemos la cantidad de trampas ocultas en la supuesta defensa de la autonomía y de la libertad, es necesario volver a reivindicar la fuerza del individuo. Lo comunitario es importante, pero si lo comunitario anula al individuo no estamos haciendo absolutamente nada por emanciparnos. Frente al desorden del mundo, debemos seguir preguntándonos: ¿dónde está la emancipación? Aunque ya no confiemos tanto en el futuro, aunque no creamos en la superación global del odio, aunque muchos afirmen que nuestra realidad es tecnológica y virtual, y lo material irrelevante. Con todo ello, la verdad es que aquí estamos, y queremos ser un poquito más felices, y queremos ser un poquito más justos, y para eso debemos emanciparnos de todas las trampas y de todas las engañosas que constantemente nos rodean.

Muchas gracias.